

mente bulle agitada en mil ideas diversas, las tristes notas de *L' Emigrant* vienen á mis oídos en confusos sonos, quiero pensar, pero un estrepitoso ruido sacude mis nervios, es que las máquinas empiezan á funcionar, una sacudida me dá á comprender que estamos en marcha ya. El silencio es completo á bordo; solo se oye sordo ruido de las máquinas, y el chocar de las olas contra el buque; pasan algunas horas, un rayo de sol penetra por la estrecha ventanilla, instintivamente me encaramo en la cama, y miro al horizonte ¡nada de tierra! ¡qué tristeza! solo allá á lo lejos se descubre la negra silueta de un vapor que pretende tomarnos la delantera. No sé cuanto tiempo estoy contemplando este espectáculo, cuando una voz varonil me hace salir de mi estado de abstracción:

— ¿Se puede? dice.

— Adelante, contesto yo.

La puerta cede al impulso de una mano vigorosa, presentándose á mi vista el rostro simpático de un camarero, que me pregunta, con amabilidad, cómo he pasado la noche, avisándome al mismo tiempo que puedo subir al comedor á tomar el café.

A los pocos momentos estoy sentado á la mesa en compañía de dos jóvenes italianos y de un señor alemán que amablemente me dice algo en su propio lenjuaje. No sé lo qué dicen, pero al fin comprendo que me preguntan por mi salud; me hago comprender como puedo, y á los pocos momentos ya somos los mejores amigos, como si nos hubiéramos conocido durante toda la vida. Alguien intenta tocar una pieza al piano, pero las conversaciones entabladas lo interrumpen á cada paso: aquí se habla de política, allá de teatros, más allá de viajes; casi todos hablan italiano, así que los pocos españoles que estamos á bordo, tenemos que prestar mucha atención para comprender lo que dicen. Un calor sofocante hace que el comedor quede despejado en pocos momentos; todos salimos á cubierta á respirar el puro aire del mar. Dirijo la mirada á un solo punto del horizonte, por el cual he visto desaparecer las últimas siluetas de mi patria... Paseando de una parte á otra, ora en la popa, ora en la proa, escuchando á veces el piano, ó hablando de asuntos diversos, llegamos á la noche sin haber visto nada más que agua y cielo. Así pasamos cuatro días. A la mañana del quinto, contamos estar en Canarias; así es en efecto: al levantarnos nos encontramos frente á la ciudad de Las Palmas; un remolcador de la Sanidad viene á preguntar por el estado sanitario de á bordo; y como este es bueno, á las diez de la mañana nos permiten desembarcar; pero á condición que á las seis de la tarde hay que estar á bordo nuevamente. Es tan grande nuestro afán de pisar tierra que ni